

Serie nostalgias pediátricas: La medicina en la era napoleónica

Saila Pediatriako nostalgiak: Napoleonen garaiko medikuntza

A. Borderas Gaztambide



Augusto Borderas Gaztambide

Pediatra y doctor por la Universidad de Santiago, fue subdirector del Hospital de Txagorritxu de Vitoria (1980-1982), pasando a ser posteriormente director del mismo hospital (1983-1986), así como jefe del Servicio de Pediatría (1973-1987), Fundador y Ex-Vicepresidente de la Sociedad Vasco-Navarra de Pediatría

Vitoria ha celebrado, el pasado mes de junio, el Bicentenario de la Batalla de su nombre, que constituyó el capítulo final de la ocupación francesa de España por los ejércitos napoleónicos. La situación en la España ocupada fue terrible. En Vitoria llegó a haber más soldados que población autóctona, a los que había que alimentar, alojar, y dar servicios. La mortalidad militar y civil fue estremecedora. Los conventos se convirtieron en hospitales y las iglesias en almacenes y cuarteles. Hubo epidemias de tifus que obligaron a la creación del cementerio de Santa Isabel, pues antes se enterraban en las iglesias.

Sin embargo, el ejército napoleónico disponía de una asistencia médica muy superior a otras naciones. El impulsor de esta asistencia fue el médico-cirujano Dominique Larrey, nacido en Altos Pirineos en 1766. Estudió cirugía con su tío Alexis en Toulouse. Tras 6 meses en la Marina, pasó a los Inválidos con el cirujano Savatier. Participó en las campañas de Italia y de Egipto con otros cirujanos militares como Desgenettes, Percy y Cortvisart. Napoleón lo nombró Cirujano Jefe de La Guardia Imperial. Vino a España con el ejército del Mariscal Murat, donde atendió a enfermos de tifus, la "fiebre del Guadiana" (malaria) y a los heridos. También estuvo presente en las campañas de Austria y Rusia. Su gran éxito fue la organización de ambulancias: ligeras de 2 ruedas tirada por 1 o 2 caballos, y las pesadas de 4 ruedas para 4 caballos. Las primeras evacuaban los heridos del frente a los hospitales de campaña, y las segundas a la retaguardia. Las amputaciones se hacían en vivo con coñac o con laúdano (opio), cuando había. Larrey llegó a hacer 200 amputaciones en un día en la campaña de Rusia. La asepsia era inexistente y las gangrenas frecuentes. EL olor en los hospitales de guerra era nauseabundo.

Las reacciones a una amputación eran imprevisibles. Algunos heridos morían de conmoción, muchos se desmayaban y otros mostraban un aguante extraordinario: algunos marineros regresaban a la batalla inmediatamente después de que les cubrieran el muñón con brea. Durante la Guerra de la Independencia (*Peninsular War*, para los ingleses), a un oficial del Duque de Wellington le fue amputado un brazo sin que si quiera llegará a pestañear; cuando hubo concluido la intervención, el oficial exclamó: "¡devolvedme ese brazo, tiene un anillo que me regaló mi mujer!". En estas circunstancias la eutanasia era frecuente. Todos sabían lo que les esperaba si pasaban por el cirujano, y muchos pedían a sus compañeros que pusieran fin a sus sufrimientos. EL Duque de Wellington tardó en reconocer la labor de sus cirujanos en los hospitales de campaña. Para que el cadáver del Almirante Nelson llegara en condiciones a Inglaterra, tras la Batalla de Trafalgar, fue introducido en un tonel de ron. Estaba claro que aún no había frigoríficos a bordo del *Victory*. Las guerras napoleónicas fueron una verdadera carnicería, el número de bajas superó el millón. Los desplazamientos de la población, los huérfanos, los mutilados, los mendigos, etc. Especialmente la guerra en España fue terrible, los ejércitos raramente hacían prisioneros, los guerrilleros españoles mataban a los prisioneros franceses porque no podían alimentarlos. Las venganzas entre "patriotas" y afrancesados fueron constantes.

Las epidemias de difteria alcanzaban a todas las clases sociales: Luis Carlos Napoleón, hijo del Rey de Holanda y Hortensia Bonaparte, así como la Emperatriz Josefina y su hijo Eugenio murieron de ella. La difteria a principios del siglo XIX afectaba en Francia a unos 1.000 niños por millón de habitantes. Los centros de acogida de los huérfanos se mul-

tiplicaron en la era napoleónica: el Hospital *Des Enfants Malades*, en la calle Sevres de París, fue anteriormente la "*Maison Des Orphelins*", la casa de los huérfanos. Centros como los Inválidos, *Les Enfants Trouvés*, o los asilos tuvieron que acoger a miles de niños en toda Europa. Claro que, ante la falta de medidas higiénicas y el desconocimiento de las enfermedades infecciosas, la mortalidad en Asilos o Inclusas era aterradora, muchas veces por encima del 60% de los asilados.

La caída del Antiguo Régimen y los conocimientos aportados por la Ilustración convirtieron a Francia en la adelantada de la Medicina y Cirugía de la época. Por otro lado, las guerras napoleónicas contribuyeron al éxito popular de los cirujanos, de modo que Medicina y Cirugía se unieron en una única profesión y se inició la especialización médica. Así, Philippe Pinel (1745-1826) estudió el problema de los enfermos mentales que le llevaron a reformar la terrible situación manicomial de la época. René Theophile Laënnec, inventor del estetoscopio, primero de madera y más tarde metálico adaptado a los dos oídos, describió diversas afecciones respiratorias. François Broussais puso de manifiesto la relación entre síntomas

clínicos y hallazgos anatomopatológicos. Clasificó las antiguas enfermedades febriles por los hallazgos clínicos, independientemente de las diferentes temperaturas corporales. Dupuytren y Percy fueron dos brillantes cirujanos que trataron con el mejor aprovechamiento posible las fracturas de guerra, especialmente en el *Hospital Hôtel Dieu* parisino. Los pediatras de la época fueron Bretonneau, médico del *Hospital de Tours*, donde creó una escuela pediátrica entre cuyos componentes destaca Trousseau, que escribió el primer *Tratado de la Difteria*.

Otro acontecimiento de la época fue la difusión de la vacunación de la viruela. Jenner publicó sus trabajos en 1798, y en diciembre de 1800 la vacuna llegó a Puigcerdá, en Cataluña. Pero la expedición de la vacuna, auspiciada por el Rey Carlos IV, fue encomendada a Francisco Xavier Balmis. Este médico-cirujano de La Armada, había realizado varios viajes a América, investigó en Botánica y fue nombrado Cirujano de Cámara del Rey. La expedición partió del puerto de La Coruña el 30 de noviembre de 1803 a bordo de la corbeta *María Pita* y llegó a Puerto Rico en febrero de 1804 (en diciembre de ese año Napoleón se coronó Emperador en París). En la expedición viajaban 22 niños de la

Casa de Expósitos de La Coruña, y la vacuna se mantuvo con inoculaciones brazo a brazo, así como con suero vacunal en placas cerradas de vidrio. ¡Y 1.000 ejemplares del primer manual de vacunas que hubo en el mundo! Por toda la América española desde El Caribe, México, hasta Argentina, desde California a Perú, y más tarde desde Acapulco viajó a Filipinas, Macao y Cantón. Un ilustrado alavés, Juan José Díaz de Espada, obispo de La Habana, impulsó la vacunación en Cuba durante 1806.

Hay que resaltar que el capitán de la corbeta *María Pita* fue el vizcaíno Pedro del Barco, natural de Somorrostro, que ascendió a Teniente de Navío en 1804. El médico Balmis regresó de su vuelta al mundo en agosto de 1804. En el comienzo de la Guerra de Independencia, 1808, Balmis no reconoce al nuevo Rey José I Bonaparte, su casa fue saqueada, y se refugió en Cádiz. De allí partió a México y regresó a España nuevamente en 1813. Murió en Madrid, este verdadero pionero de la vacunación y de la internacionalización de la prevención sanitaria en 1819 a los 66 años. La Asociación Española de Pediatría publicó una excelente monografía sobre *La Expedición Filantrópica de la Vacuna*, en 2003.